

BREVE HISTORIA DEL SALVAJE OESTE

Gregorio Doval



Colección: Breve Historia
www.brevehistoria.com

Título: Breve Historia del Salvaje Oeste
Autor: © Gregorio Doval

Copyright de la presente edición: © 2009 Ediciones Nowtilus, S.L.
Doña Juana I de Castilla 44, 3º C, 28027 Madrid
www.nowtilus.com

Editor: Santos Rodríguez
Coordinador editorial: José Luis Torres Vitolas

Diseño y realización de cubiertas: Carlos Peydró
Diseño del interior de la colección: JLTV
Maquetación: Claudia Rueda Ceppi

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece pena de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaran, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

ISBN: 978-84-9763-574-5

ÍNDICE

Capítulo 1:	
EL NACIMIENTO DEL SALVAJE OESTE	11
Capítulo 2:	
LA ESTIRPE DEL PISTOLERO.....	21
VIVIR Y MORIR CON LAS BOTAS PUESTAS	21
Retrato robot del pistolero.....	24
John Wesley Hardin, un asesino implacable	30
Ben Thompson, la mejor pistola del Oeste.....	37
Doc Holliday, el dentista más mortífero del Oeste	45
TIROTEOS, DUELOS Y AJUSTES DE CUENTAS	50
El tiroteo de O.K. Corral	54
El enigma de Wyatt Earp	58
El fero Baca y el tiroteo de Frisco.....	64
Capítulo 3:	
FORAJIDOS DE LEYENDA	69
LA PROFESIÓN DE FORAJIDO	69
Un negocio abierto a la especialización	73
Jesse James, el falso Robin Hood.....	84
Billy el Niño, el bandido adolescente	91

Sam Bass, un buen chico descarriado.....	100
Los Dalton, víctimas de su propia codicia	104
El caballeroso Bill Doolin y los Oklahombres.....	107
¿Qué fue de Butch Cassidy y The Sundance Kid? ...	112

Capítulo 4:

HOMBRES CON PLACA (Y CON REVÓLVER).....	121
<i>SHERIFFS Y MARSHALS, “DOMADORES DE CIUDADES”</i>	<i>121</i>
El laberinto de las placas.....	124
Bat Masterson, de pistolero a cronista deportivo ..	134
Pat Garrett, el peso de la (mala) fama.....	140
Wild Bill Hickok, el jugador impasible.....	148
“La mano del muerto”	150
Henry Brown, el <i>sheriff</i> atracador de bancos	159
A AMBOS LADOS DE LA LEY, SIMULTÁNEAMENTE	163
Tom Horn, un leal asalariado de la pistola	168

Capítulo 5:

LEY, JUSTICIA Y ORDEN EN LA FRONTERA.....	173
LA AGENCIA PINKERTON, “EL OJO QUE NO DUERME”	173
JUSTICIA CIUDADANA: LOS “VIGILANTES”	178
EL MUNDO JUDICIAL	186
Roy Bean, la Ley al Oeste del Pecos	190
Isaac Parker, el Juez de la Horca.....	196
Un siempre atareado virtuoso de la horca	200
Temple Houston, un abogado fuera de lo común ...	201

Capítulo 6:

LA VIDA COTIDIANA EN EL OESTE	205
EL NACIMIENTO DE LAS PRIMERAS COMUNIDADES.....	205
Las ciudades mineras	208
La Colina de las Botas.....	213
Cheyenne y otras ciudades ferroviarias.....	215
Fulgor de las ciudades ganaderas	217
MUCHO TRABAJO Y POCO OCIO.....	223
El <i>saloon</i> , un universo propio	226

Capítulo 7:

TAHÚRES Y JUGADORES DE VENTAJA	233
EN BUSCA DE UN GOLPE DE FORTUNA.....	233
La historia del juego en el Oeste.....	235
George Devol, tahúr del Mississippi	239
Canada Bill, el timador timado	245
EL JUEGO PROFESIONALIZADO.....	249
La época dorada de San Francisco	252
La expansión del juego por todo el Oeste	254
VIRTUOSAS DE LOS NAIPES.....	262
EL ECLIPSE DEL TAHÚR CLÁSICO.....	268

Capítulo 8:

MUJERES DEL OESTE	271
PROTAGONISTAS MÁS O MENOS EN LA SOMBRA	271
Juanita Calamidad, una vida autoinventada	285
Belle Starr, la Reina de los Bandidos.....	290
LA PROSTITUCIÓN EN EL OESTE	293
La doble moral del Oeste	295
Las grandes madamas del Oeste	299
Tombstone, un gran prostíbulo	305
Bailarinas y chicas de alterne.....	310

Capítulo 9:

LA LEYENDA Y EL ESPECTÁCULO DEL OESTE	313
¿DE VERDAD FUE SALVAJE EL SALVAJE OESTE?	313
FIJACIÓN Y PERVIVENCIA DE LOS ARQUETIPOS.....	317
Buffalo Bill, el Oeste personificado	320
Ned Buntline, un artista de la mentira comercializada	322
EL OESTE COMO ESPECTÁCULO	325
El Show del Salvaje Oeste	330
BIBLIOGRAFÍA	337

1

EL NACIMIENTO DEL SALVAJE OESTE

—¿No va a usar la historia, señor Scott?
—No, señor; esto es el Oeste: si la leyenda se convierte en un hecho,
publica la leyenda.

El hombre que mató a Liberty Valance, John Ford (1962).

La Fiebre del Oro que sacudió California a partir de 1848 llevó a la costa del Pacífico a una inmensa riada de personas honradas que querían labrarse un futuro en las minas, pero también a una variada caterva de aventureros, malhechores, asesinos, desaprensivos, matones, pistoleros, cuatros, timadores, rufianes, buscavidas y ladrones que querían vivir y medrar a costa de ellos. Pronto, estas nutridas filas de forajidos se incrementaron aun más con algunos de los que fracasaron en las minas y eligieron la delincuencia como medio de vida.

Las cosas serían igualmente caóticas en el Sudoeste ganadero y, especialmente, en el Texas de posguerra. La renovación de muchos funcionarios locales, que habían sido fieles a la Confederación, y la imposición de la ley militar generaron un gran resentimiento y muchos pensaron en resarcirse tomándose la justicia por sus propias manos. Por entonces, aquellos territorios aún no organizados se constituyeron en el mejor asilo de todos los que huían de la ley y en el mejor vivero de los que, más que

huir de ella, preferían vivir a sus márgenes e, incluso, contravenirla y subvertirla consciente y voluntariamente.

La abundancia de forajidos en aquellos territorios fronterizos era consecuencia y, a la vez, revelaba la casi inexistente presencia de estructura estatal alguna en esa etapa inicial del avance hacia el Oeste de la joven y heterogénea sociedad estadounidense. De momento, salvo la tímida y escasa presencia militar, la conquista parecía ser una empresa privada, con limitadas injerencias del poder público. Tal modelo se reflejaba también en un individualismo exacerbado y en la extrema permeabilidad de una sociedad muy flexible, en la cual el ascenso social estaba al alcance de cualquiera, a partir de un inesperado golpe de suerte o de audacia o, por qué no, de un disparo a tiempo.

Cuando, como aconteció en la conquista y colonización del Oeste, en un periodo de poco más de un cuarto de siglo se pueblan extensiones tan vastas como Kansas, Nevada, Colorado, Montana y, poco más tarde, Idaho y Wyoming de una manera espontánea, por iniciativa individual de unos colonos o de unos buscadores de oro, era fácil colegir que las comunidades que invadieron estos territorios se organizarían sin el apoyo del Estado representado por la policía y la justicia que garantizaran la vida y la propiedad. La manifestación aguda de esta carencia de poder coercitivo se dio en las ciudades de frontera, pero la ausencia de ley y orden abarcaba a la totalidad de los territorios, desde las granjas aisladas a las pequeñas comunidades, desde las estancias ganaderas hasta los campamentos mineros.

Esta situación, obviamente, era muy favorable para que la delincuencia floreciese en tierras que se habían convertido en el paraíso de la impunidad para ladrones, atracadores y asesinos. Desde el común robo de ganado al del oro que transportaban los mineros y al asesinato con móviles lucrativos o de competencia feroz, toda una extensa gama de delitos se extendió por estos territorios en fragua de un modelo propio de convivencia, de momento débil e inestablemente fundado en el registro de la propiedad.

En último término, la desordenada y violenta ocupación del territorio delineó unos confusos límites entre la ley y la voluntad individual, entre el orden y la anarquía, que fraguaron en un código moral ambiguo que hizo posible que muchas personas situadas momentáneamente más allá de la ley como forajidos terminaran sus vidas como agentes de la ley y viceversa, desarrollando incluso en ocasiones tan antitéticas actividades de modo simultáneo.

Mientras tanto, la generalización de la posesión y uso de armas por civiles exacerbó la innata tendencia a la violencia que caracteriza a toda sociedad de frontera. Así, en las nuevas tierras del Oeste se fue conformando una amalgama de gente autoconfiada, pero también ingenua; ignorante, pero audaz y creativa; generosa, pero egoísta y terca; honrada, pero indulgente; amante del humor campesano, pero con malas pulgas para aguantarlo en primera persona; violenta y misántropa, pero hospitalaria...; en una palabra, contradictoria. Esas fueron las fibras con que se formó el Oeste: personas sometidas a un nuevo código moral indeciso y adaptado, a un código ético en formación y aún algo indefinido.

En las ciudades de frontera, el clima proclive a la búsqueda y la consecución del dinero fácil, a la corrupción y al delito, a la arbitrariedad y las represalias, creó el caldo de cultivo óptimo para la aparición de figuras tan paradójicamente legendarias como Billy el Niño, John Wesley Hardin, los hermanos James, Dalton o Younger, Sam Bass, Butch Cassidy, Doc Holliday, Pat Garrett, Wyatt Earp o Wild Bill Hickok. Asesinos, pistoleros y delincuentes elevados a la categoría de héroes populares cuyas existencias serían una y otra vez exageradas o tergiversadas a conveniencia de los fabricantes de mitos de turno.

Desde luego, existió un Billy el Niño, pero es muy dudoso que, tal y como asegura la leyenda, matara a 21 hombres, uno por cada año de su corta vida; lo más probable es que, en ningún caso, sus víctimas fueran más de nueve. En todo caso, fuera cual fuese su récord, eso no



El concepto de “Salvaje Oeste”, en lo geográfico, atañe de una manera imprecisa a la veintena de estados norteamericanos representados en el mapa y, en lo histórico, a los avatares, acontecimientos y estilos de vida de estos variados territorios durante la segunda mitad del siglo XIX.

sería algo digno de alabanza, ni siquiera de asombro, solo de horror y desaprobación.

Ex combatientes de la guerra civil ahora sin empleo, inadaptados a la paz, sudistas no resignados a la derrota, huérfanos abandonados a su suerte y entregados al mero deo y el pillaje, infortunados sin éxito en iniciativa alguna que se dieron cuenta de que en los nacientes Estados Unidos no se perdonaba el fracaso..., todas estas gentes nutrieron las filas de los sin ley, en tiempos en los que las armas circulaban sin control y en que los autores de crímenes y golpes de mano tenían en los grandes espacios recientemente abiertos ancha complicidad para la huida y la ocultación. Así nació lo que se suele conocer como el “Salvaje Oeste”.

Este Viejo y Salvaje Oeste fue un mundo (preferentemente de hombres) en el que se podía prosperar si no se dudaba en utilizar una pistola (y, puestos a ello, a hacerlo bien), o bien si se podía contratar a alguien que lo hiciese con eficacia. Pero los pistoleros, que brotaron como setas, no crecieron, sin embargo, por generación espontánea.

Eran un producto de cosecha propia, bien abonada por el dinero y la ambición de los barones ganaderos, de los príncipes del comercio o de los duques de la banca.

La mayoría comenzaban siendo contratados como *cowboys* para atender al ganado, especialmente durante las grandes travesías, y para, de paso, defender los intereses, no siempre lícitos o confesables, de sus contratistas. De tanto visitar las revueltas y caóticas ciudades ganaderas abiertas al final de sus largos periplos por las sendas ganaderas, muchos se afincaron en ellas y comenzaron a vivir de sus habilidades. Como el lazo y la espuela no tenían mucha utilidad en las ciudades, muchos recurrieron a otra de sus herramientas favoritas: las armas. Y por ahí sí que encontraron trabajo.

Estos jóvenes, la mayor parte semianalfabetos, se hicieron expertos en el manejo del revólver, el rifle y el cuchillo combatiendo a indios y cuatrerros, o cazando animales salvajes durante sus tediosos viajes. Por lo demás, sabían poco de la civilización, de sus usos y de sus leyes. Es más, tenían sus propios códigos, entre los que destacaban la camaradería y la lealtad al amigo, pero también el odio y el desprecio por el enemigo y el recurso pronto y decidido a la solución de los conflictos por las bravas. En términos generales, el Salvaje Oeste nunca fue un lugar que destacara por sus dosis de nobleza o altruismo, aunque luego muchos historiadores hayan querido ver atisbos de ello en muchos de sus principales protagonistas, y especialmente en los que, además de pistola, llevaban placa.

Con esos condicionantes, era fácil que muchos de aquellos jóvenes se convirtieran en bandidos o pistoleros, o bien en agentes de la ley que, en muchos casos, tanto daba, y ello sin necesidad de que tuvieran que tomar decisión moral alguna. Para ellos, en realidad, no había gran diferencia. Solo eran *malos chicos* en opinión de aquellos que juzgaban sus actos como crímenes. Para sí mismos, matar o robar no eran actos morales, solo actuaciones

normales relacionadas con la supervivencia y, en definitiva, una manera de vivir.

De vivir una vida en la que había que destacar, no estancarse, no ser de los perdedores. Destacar por valentía o por audacia. No ser uno más de la banda, sino, si era posible, ser el jefe. En cualquier caso, proteger y estar protegido por los colegas y seguirlos y apoyarlos hasta el final. Si había que matar al que se oponía a la banda, pues se le mataba. La única consecuencia para la vida propia era que eso reforzaba los lazos de sangre con el grupo. Por eso, para los forajidos lo normal era asociarse en bandas. Curiosa, pero lógicamente, muchas de estas *hermandades delictivas* estaban formadas por hermanos y otros familiares consanguíneos. Ese fue el caso de los James y los Younger, de los Dalton o los Renos o, entre muchos otros casos, de la bandas de Burrow o de Bill Doolin, o, aparentemente en el otro bando, del clan de los Earp, los Master-son o los Thompson.

Si alguna de aquellas cofradías de malhechores era exterminada, diezmada, encarcelada o desbandada, los supervivientes se convertían habitualmente en proscritos desesperados (los famosos *desperados*), para quienes dejaban de existir los límites a medida que se les estrechaba el cerco y se aproximaba su captura o su muerte.

En tales circunstancias, más que afrontar la posibilidad de ser encarcelados, casi todos preferían morir matando o, en caso extremo, quitarse ellos mismos la vida. Suicidas famosos de este tipo fueron forajidos tan aguerridos como Kid Curry, Harry Tracy, Grant Wheeler y, posiblemente, The Sundance Kid y Butch Cassidy. Menos habitual era el suicidio en el batallón de los pistoleros y asesinos a sueldo, personajes que, en gran medida, vivían de su reputación más que de sus actos y que, por regla general, habían perfeccionado sus habilidades justamente para eludir la muerte.

Porque lo más importante para un pistolero era, curiosamente, que los demás supieran que lo era, que le

Breve historia del Salvaje Oeste



En las ciudades del Salvaje Oeste, los ciudadanos de bien —como siempre, la gran mayoría— habían de convivir con todo tipo de indeseables y, en cualquier momento, tenían que enfrentarse a una situación violenta. En la foto, dos soldados yacen muertos junto a un *saloon* ante la atenta, pero acostumbrada, mirada de dos vecinas.

guardaran las distancias por respeto o por miedo, tanto daba. Por eso, aunque la leyenda insista, en el Salvaje Oeste hubo muy pocos duelos a cara descubierta entre dos o más pistoleros. La mayoría prefería los métodos taimados del asesinato por la espalda, la emboscada, la ocultación en un callejón oscuro o detrás de una cortina o un árbol; la mayoría prefería aprovechar los puntos flacos o las debilidades circunstanciales de sus adversarios, fuera un estado de embriaguez, la relajación en una sala de juegos, que fueran desarmados...

Desde luego, en términos profesionales, estos eran métodos más *limpios*, más eficaces y más respetuosos con las normas elementales de seguridad en el trabajo. En una entrevista concedida por Wyatt Earp al final de su vida, aseguró que la calma era la principal clave para la supervivencia de un buen pistolero, muy por encima de la velocidad con que desenfundara su pistola. En sus palabras, el experto pistolero “se toma su tiempo y aprieta una sola vez el gatillo”. Algo similar apuntó Wild Bill Hickok: “En cuanto comiences una pelea, estate tran-

quilo y no dispaes demasiado deprisa. Tómate tu tiempo. He visto a muchos tipos meter la pata al disparar con prisas”. Otro *sheriff* y pistolero famoso, Bat Masterson, añadió un consejo complementario para los aspirantes a pistolero: “Lleva siempre tu pistola lista y preparada, pero nunca la saques a menos que estés en peligro de muerte y que quieras matar”. En definitiva, añadió Masterson, “nunca te tires un farol con un revólver en la mano”. Porque, como añadió Frank James, “cuando me meto en una pelea, quiero resultados”.

Los agentes de la ley que se enfrentaron a estos fríos y calculadores maníacos de las pistolas eran también individuos especiales, cuando no simplemente los mismos, aunque cambiados de papel; tan valientes ellos en su actitud, como arteros en sus métodos los forajidos. Casi todos habían aprendido el oficio en la adolescencia y muchos eran hijos de pioneros. Es interesante apuntar que, sin embargo, los pistoleros, los llamados entonces “matadores de hombres”, en su mayor parte, no fueron huérfanos ni pasaron grandes dificultades en la infancia, mientras que a la mayoría de los forajidos les habían faltado uno o los dos progenitores desde edad muy temprana. El padre de Frank y Jesse James abandonó a su familia para buscar fortuna en la fiebre californiana, lo que supuso que sus hijos hubieran de ser educados en solitario por una madre muy dominante, que los defendería durante toda su vida por más abominables que fueran sus crímenes. También se dio ese mismo caso en los hermanos Dalton.

Se trataba, además, de un amor materno-filial por lo general recíproco. Por eso, cuando unos detectives de la agencia Pinkerton pusieron una bomba en su casa familiar y causaron a su madre la amputación de un brazo, Jesse James viajó hasta Chicago e intentó matar en venganza, aunque sin éxito, a la madre del fundador de la agencia, Allan Pinkerton. Por eso también, antes de perpetrar su fallido y desastroso último golpe de 1892 en la ciudad de

Coffeyville, Kansas, los hermanos Dalton hicieron una fugaz visita a la granja familiar solo para poder ver a su madre, tal vez por última vez —como así fue—, a través de una ventana, ocultos en la oscuridad de la noche.

Las armas jugaron (y juegan) un papel importante en el desarrollo histórico y social de los Estados Unidos, y su influjo en la exploración y civilización del Oeste es esencial. Como ocurre en casi todos los procesos de expansión y conquista histórica y social, las armas se usaban con propósitos prácticos más que como símbolos de poder. El “poder de la pistola” solo asumió un significado más tarde, durante el periodo en el que la *civilización* se impuso sobre la llamada *libertad* de los primeros tiempos.

Coincidió, además, que en este periodo las armas de fuego sufrieron una gran evolución, que, fundamentalmente, las hizo mucho más portátiles, eficaces, asequibles y, sobre todo, mortíferas. Gracias a todos estos avances, el uso de armas como medio de supervivencia llegó a alcanzar en el Oeste un estatus que ninguno de los que las utilizaron se hubiera imaginado de antemano. Para muchos, no fue el espíritu pionero ni el desarrollo de los ferrocarriles, o el progreso de la civilización, lo que dominó al Oeste. Más bien, el Oeste fue “conquistado” por las armas. Por una multitud de armas de fuego, desde las pistolas de un solo disparo y los revólveres colt a los rifles y los winchester de repetición. En toda la historia del Salvaje Oeste, la justicia se administró a punta de pistola, y también la injusticia y la violencia.

El Oeste y sus tierras estaban esperando a ser tomadas, pero no eran lugares para tímidos o débiles. En buena parte, la historia del Salvaje Oeste es la de los hombres que usaban con habilidad y sin escrúpulos las armas de fuego en su búsqueda de libertad, comida, ganancias y protección y que no siempre perseguían hacer el bien. Es hora ya de comenzar a conocer más de cerca a este nutrido y variado grupo humano.

